

La nueva guerra internacional: retos para México y su política exterior

Introducción

SORPRESAS TE da la vida, es uno de los últimos libros escritos por Jorge G. Castañeda antes de convertirse en el primer secretario de Relaciones Exteriores bajo el dizque nuevo gobierno de Vicente Fox, inaugurado el 1o. de diciembre del año 2000. El flamante canciller tenía razón, porque sorpresa tras sorpresa es lo primero que caracteriza al primer año de dicho gobierno. Y, para ser exactos, no siempre, más bien casi nunca, sorpresas de las gratas.

El tema de la política exterior es un buen ejemplo. Sobre este asunto no habían “focos rojos” ni alertas tan marcadas como, en cambio, sí los había en áreas como la educación y la cultura en general. Y, sin embargo (primera sorpresa), la política exterior del gobierno de Fox es una de las áreas, que a las primeras de cambio (segunda sorpresa), registra no sólo agravamientos, sino francos retrocesos (tercer sorpresa).

Otra sorpresa (la cuarta, ¿o ya enésima?) ocurre con el primer viaje al extranjero de Fox-presidente. Con dicho viaje-despiste a casi todos los países que integran el Mercosur (Brasil, Argentina, Uruguay), todo parecía indicar que el “nuevo” gobierno por fin pondría un alto a la “norteamericanización” de la política exterior mexicana, que tanto vuelo tomara con los llamados gobiernos neoliberales: De la Madrid y sus “acuerdos-marco” México-EE.UU, Salinas de Gortari y su trágico-epopéyico Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y Ernesto Zedillo y su paquete de salvación-hundimiento tras la devaluación de 1994, mejor conocida como el “error de diciembre”. El primer viaje de Fox quiso inducir la idea de que, por fin, el gobierno mexicano volvía a comprender que su primer aliado, su prioridad internacional, volvía a ser Nuestra América, la América Latina.

Las sorpresas continuaron, sin embargo. Más tardó Fox en regresar de su baño latinoamericanista, que en hacer de sus encuentros con Bush Jr., una costumbre y casi un ritual de gabinete (tal vez de ahí, de la ampliación del gabinete

* Profesor de la Facultad de Ciencia Políticas y Sociales, UNAM.

foxista hasta Washington y Wall Street, surgió el discurso sobre el “gabinetazo” prometido por Fox en cuanto ganó las elecciones del 2 de julio de 2000). Tan solo en un año, el primero de su gobierno, Fox no sólo ha continuado la “norteamericanización” de la política exterior mexicana, claramente iniciada por los tres primeros gobiernos neoliberales del país (De la Madrid, Salinas y Zedillo). Además la ha acentuado hasta llevarla al punto de la plena desfiguración. Por decirlo rápido, con Fox, el gobierno mexicano pasó de “enganchador” (de países latinoamericanos al proyecto neopanamericanista de EE.UU.) a “migra” o capataz, mas siempre como “soldado raso” en las filas de la gran potencia. Casos paradigmáticos ya los hay casi en todas las áreas... y apenas va un año de gobierno. En lo geoestratégico, ahí está el caso del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) y la tendencia del gobierno mexicano a convertirse en el “tapete multifacético” (con Salinas y Zedillo se decía “enlace estratégico”) del neomonroísmo estadounidense. En lo geopolítico, ahí está el caso de Cuba, frontera histórica entre la libre determinación y la plena subordinación, al menos, de las naciones latinoamericanas. Tan solo en un año, el gobierno de Fox ya inauguró la bizarra Doctrina Castañeda Jr.: relaciones de México, no más “con la Revolución” cubana, sino ahora, “sólo con la República de Cuba”, como si ambas cosas fueran separables, y como si México tuviera la autoridad moral y el derecho para hacerlo. Por si fuera poco, el acercamiento del gobierno foxista con las fuerzas contrarrevolucionarias de Cuba (la gusanería de Miami en particular) ha llegado al punto de concitar escándalos como el de la toma de la embajada mexicana en La Habana por discípulos y víctimas de dichas fuerzas (febrero-marzo de 2002). Hasta algo podría incluirse en el ámbito digamos de la “geodiplomacia”, si entendemos que la lucha (ya exitosa) del dúo Fox-Castañeda por ganar un asiento (no permanente) en el Consejo de Seguridad de la ONU, más bien servirá para consolidar la tendencia al neoservilismo del gobierno mexicano ante su contraparte estadounidense.

De esto último, ya hay un dato duro –contante y sonante por sí mismo– que es la postura pública y reiterada del “apoyo incondicional y hasta lo último” del gobierno de Fox a la nueva aventura bélica de EE.UU. desparpajadamente llamada la “guerra contra el terrorismo”. Es de tal magnitud este desvarío, que a su análisis dedicaremos el resto de este ensayo. Sólo anticipemos la implicación de mayor profundidad, a nuestro juicio. Con ese apoyo servir, para colmo apoyo a la guerra más terrorista de todas, México se ha quedado, literalmente, sin política exterior. Porque, ¿qué interés puede tener ahora el gobierno de EE.UU. en negociar o incluso sólo dialogar con el gobierno de México, si éste ya anticipó todo su apoyo a todo lo que aquel decida hacer o deshacer?

Dejémoslo, si se prefiere, como una hipótesis abierta: antes de Fox, el gran debate en estos asuntos era el de si el gobierno mexicano había o no debilitado la aplicación de algunos de los principios históricos de la política exterior de México (artículo 89 fracción X de la Constitución: libre autodeterminación, solución pacífica de las controversias, lucha por la paz y el desarme, entre otros). Ahora, a un año de iniciado el gobierno foxista, el gran debate será (o ya es) el de si México aún tiene algo que pueda llamarse política exterior, ya no digamos si buena o mala, consecuente o esquizofrénica. Enseguida veamos, pues, algunos de los vecicuetos más detallados en que se ha metido el México foxista en su relación con el mundo, a la hora de la guerra más terrorista de todas.

Una visión crítica de la “guerra contra el terrorismo”

¿Guerra real o montaje cinematográfico?

Primer acto (terrorismo verbal): al finalizar el arbitrario bombardeo de Irak, a principios de los noventa, el entonces presidente de Estados Unidos, George Bush padre, prometió la edificación de un “nuevo orden mundial” cuyo ingeniero en jefe habría de ser el propio Estados Unidos en tanto “única potencia” sobreviviente del viejo orden, y único país con la fuerza militar y ¡la autoridad moral! para edificarlo.

Segundo acto (terrorismo antihistórico, contra la historia misma): Bill Clinton llega a la Casa Blanca cuando reputados historiadores, como Schlesinger Jr., aseguran que es la hora de iniciar otro ciclo de renovación histórica, como los inaugurados por el primer Roosevelt (Teddy) a principios del siglo xx y por John F. Kennedy a principios de los sesenta. Acaso dominado por esa misión histórica, Clinton, tal vez sin saberlo ni entenderlo, aparece en el escenario mundial como el primer impulsor (antes que Blair en Gran Bretaña, Jospin en Francia y Schroeder en Alemania) de la “tercera vía”. Desde su librito de primera campaña, escrito con Al Gore (*Putting People First*, o sea ¡*Colocando primero a la gente, al pueblo!*), Clinton promete una nueva vía para el desarrollo de Estados Unidos, una vía ni estatista (como la del segundo y gran Roosevelt, Franklin Delano) ni *reaganauta* (la *trickle-down economics* del inefable ex actor Ronald Reagan). O sea, una tercera vía frente al *welfare state*, lo mismo que frente al neoliberalismo.

Tercer acto (terrorismo teatral, o “pánico escénico”): a contracorriente de sus promesas electorales, “misiones históricas” incluidas, Clinton lo piensa dos veces, y mejor se desentiende de su proyecto “reconvertidor” de la “economía de guerra” en “economía civil”. La guerra fría ya estaba ¿ganada?, pero el monstruo

del complejo militar-industrial seguía, sigue y seguirá allí, con demócratas o republicanos en la Casa Blanca, a menos que se quiera reactivar el síndrome Kennedy.

Cuarto acto (terrorismo bipartidista): desintegrada la Unión Soviética, el odiado y peligroso “imperio del mal”, tanto demócratas (Clinton, Gore) como republicanos (Bush padre e hijo) se vuelcan a la tarea de inventar al nuevo Gran Enemigo de Estados Unidos y, por extensión mesiánica, enemigo de la humanidad toda. Ante lo disputado de la contienda “Nuevo Gran Enemigo”, un triple empate es el resultado: el narcotráfico, la migración y, en efecto, ¡también el terrorismo!

Quinto acto (terrorismo-bumerang): en lugar del “nuevo orden mundial” prometido por el primer Bush, y en lugar del “nuevo orden nacional” insinuado por Clinton, lo que hoy tenemos es un creciente desorden en ambos planos (mundial y estadounidense), entre otras cosas infestado y engranado por todas las modalidades imaginables de terrorismo. Prueba concluyente y caso límite: el día en que el *american dream* se convirtió en una “amarga pesadilla”, el día (11 de septiembre, mismo día en que el terror se apoderó de Chile con el asesinato de Salvador Allende, 28 años atrás) en que el terror mayúsculo –el de la muerte de muchos, sin deberla ni saberla– se apoderó de las principales ciudades de Estados Unidos (Washington y Nueva York).

¿Cómo se llamó (llamaron) la(s) obra(s)? Todavía no lo sabemos a ciencia cierta, pero ya hay un buen número de títulos sugerentes: “El que a hierro mata, a hierro muere.” “El que con terror juega, agujereado amanece.” “Última llamada para una globalización animaloide.” “Último cartucho de una potencia excedida en el uso del terror para reciclar armas, guerras y similares.” “Cuando lo nuevo (sea orden mundial o nacional) se pospone más de la cuenta, lo viejo se amachina.” En fin, “El triste y terrible final de una potencia que no supo o no quiso reemplazar a tiempo la fuerza bruta-militar por la fuerza ético-moral”.

Disyuntiva de fondo: mundo nuevo o mundo muerto

Ahora sí, que Dios nos agarre confesados, que Bush Jr. nos agarre bien simpáticos, y la comandancia general de EE.UU. por completo domesticados. En un magno discurso ante el Congreso de su país, el nuevo *sheriff* global lo dijo más o menos claro:

- La nueva guerra mundial es contra “el terrorismo” (así, sin precisiones).
- Estados Unidos (sin consulta ni elección de nadie) está listo a conducir la guerra.
- Neomaniquéismo hitleriano: el margen de libertad de todas las demás naciones se reduce a dos sopas: o se alinean con EE.UU. o caen al cajón del “terrorismo”.

Epílogo tragicómico: en el ocaso de su hegemonía, el mayor defensor de una civilización hecha desde y para el terror de todos los signos, militar, económico, social, político, afectivo, moral, espiritual, se dispone a reciclar dicha civilización, ni más ni menos que bajo la consigna de: todos (y todas, agregaría algún mexicano, en ejemplar ejercicio de su soberanía) contra todas las formas de terror, a la voz de ¡ya!, y por todos los medios disponibles o imaginables (varios de los cuales serían sin duda terribles y terroríficos). Más que tragicómico, tal epílogo es patético, porque:

- en terrorismo, como en tantas otras materias, EE.UU. cuenta con todo, menos con autoridad moral, para combatirlo,
- terror contra terror, sólo desemboca en más terror, y
- hoy, la desembocadura más probable es otra guerra mundial, casi por fuerza guerra nuclear, letal, final, guerra sepulcra de ésta y de cualquier otra civilización, pues.

Exactamente ahí empieza el terrorismo más cruel de todos, que es el terror contra la esperanza misma. Más allá del terrible exterminio de la humanidad bajo una guerra de macroterroristas contra ultraterroristas, si alguna esperanza deja viva el discurso de Bush, es la de un mundo poblado ya ni siquiera por “esclavos felices”, sino ahora por puros esclavos “apanicados”, así individuos como naciones y continentes enteros.

¿Y cómo llegamos aquí? Adivinó usted: a base de mucho, muchísimo terror de todos los colores y todas las edades. Pero –honor a quien honor merece– el terror del mercado ocupa un lugar central en esta historia. Desde la acumulación primitiva de capital –signada por el terror de los despojos y la muerte de incontables personas– hasta el último suicidio, hace unos días o acaso ayer mismo, en las torres gemelas del WTC en Nueva York (causado por incendios físicos o por acostumbrados manipuleos en la bolsa de valores), el terrorismo mercantil es un hecho tan central como constante, si bien poco visible. En el mercado laboral se ha probado especialmente punzante. Desde la acumulación de la primera riqueza personal, hasta la de un Bill Gates el día de ayer, el combustible de fondo puede hallarse en el cotidiano terror de todo trabajador ante la disminución de su salario o, todavía peor, el terror a quedar desempleado. Pero, además, el terrorismo del mercado se ha extendido y agravado como nunca. Ya no tiene que ver tanto con el miedo a ser explotado, sino simplemente marginado. Hoy, naciones y continentes enteros viven bajo la terrible amenaza de quedar desenganchados de la “locomotora de la globalización”.

Y qué decir del terrorismo racial, racista. El terror contra los pueblos indios en todo el mundo, hoy oscila entre el aniquilamiento físico (genocidio) y la muerte civil/moral masiva, la más terrible entre seres humanos, y tal vez, hasta entre los animales: la muerte por olvido o por desprecio.

Sólo un apunte final sobre el terrorismo ideológico. El verdadero terror empieza ahí donde pretende domesticarse a la humanidad toda bajo la creencia de que la única posibilidad de vida y el peldaño más alto al que puede aspirar la sociedad, es la mal llamada “civilización occidental”. Y el colmo de colmos, lo que dijo Bush Jr. de su cruzada contra el terrorismo: “Es una lucha por la civilización.” ¡Una lucha/guerra global en defensa precisamente de una civilización carcomida por todas las formas imaginables de terror y terrorismos! ¡Una lucha dirigida por el mero bastión de esa civilización terrorista de cabo a rabo, y ya en franca crisis!

Y el ultracolmo o poscolmo de los colmos: ¡Una lucha en la que gobiernos de países tradicionalmente pacifistas y humanistas, como México, se apresuran a enlistarse cual mercenarios descerebrados, es decir, sin la más elemental de las soberanías, que es la del pensamiento propio! Vaya, pues, que el mundo está muriendo, incluso de pena y desolación. Juntito a las torres de Nueva York, lo que se derrumbó es ese mundo agonizante, es esa “civilización” (*sic* al infinito, como eso de la *Justicia infinita*) desde y para el terror, la violencia y la muerte... muerte inclusive moral.

En definitiva, nuestra apuesta es por un mundo nuevo. Uno que todos tendremos que imaginar y construir juntos, pero desde lo más lejos y bajo. Desde las montañas del sureste mexicano, por ejemplo.

Por un mundo nuevo: justo y digno para todos

Si ha de terminar en algo positivo la “crisis de las Torres Gemelas de Nueva York”, y si en verdad México desea ser un buen amigo de Estados Unidos, lo primero que habría de hacerse es informar allende el río Bravo que el mundo ya cambió y que ya no es como las películas de “indios y vaqueros”, ni siquiera si se actualiza a la de: “con Estados Unidos o con los terroristas”. Lo segundo sería informar, de este lado del Bravo, que la nueva bronca mundial desatada por dicha crisis no es con todo Estados Unidos, sino sólo con los *neovaqueros-halcones*, hoy encabezados por Bush Jr., y sus alguaciles ahora globalizados (¿Fox prototipo?). Con la sociedad estadounidense más bien hay solidaridad y condolencias por los muertos del 11 de septiembre y, de paso, por los muertos de siempre, hayan sido por ya incon-

tables guerras de sus gobernantes o por simple tedio o “robotización” de sus vidas. Si no fuimos del todo convincentes cuando lo sugerimos en Washington, D.C., hace unos años, ahora es más clara la pertinencia de completar la *Mexico Solidarity Network* con una *Red de Solidaridad con Estados Unidos*. Hoy es por completo claro que, independientemente de la fuerza de nuestros países, todos los pueblos podemos y debemos dar y recibir la solidaridad de los demás. He ahí un primer marcapasos de un mundo nuevo.

Regresando al tradicional y desgastado maniqueísmo de los gobiernos estadounidenses –ayer “indios o vaqueros”, hoy “con Estados Unidos o con los terroristas”–, de entrada debemos informar que muchos ciudadanos del mundo, acaso la mayoría, no estamos ni con unos ni con otros. Estamos en contra de todo terrorismo (estatal o no, abierto o encubierto), pero sobre todo, estamos a favor de un mundo nuevo que, para empezar, los haga inoperantes a todos ellos: desde el terrorismo del mercado y del desempleo hasta el de las bombas, las guerras y los avionazos.

Confirmando el alcance “civilizatorio” de la crisis mundial, los bombazos del 11 de septiembre golpearon la casa matriz de la civilización occidental, y lo hicieron contra sus lacras gemelas y sus correspondientes catedrales: la mercantilización de todo (World Trade Center) y la guerra hecha motor del narcisismo y la intolerancia mayúsculos (el Pentágono). Asimismo, derrumbaron varios de sus paradigmas básicos: el poderío militar como *sumum* del poder; la invulnerabilidad de Estados Unidos, antes que nada, en el terreno militar; y, en fin, todos los paradigmas que sostenían el “(neo)realismo político” como el pivote teórico de la civilización occidental. La respuesta mesiánica, maniquea y fundamentalista de los *halcones* de Estados Unidos no hace sino exacerbar el problema de fondo: la incapacidad acaso congénita de Estados Unidos y de la civilización occidental en su conjunto para convivir con otras civilizaciones. Bush Jr. podrá decir hasta el cansancio que su guerra no es contra la religión islámica, pero le resultará muy difícil convencer al mundo de que no está embarcándolo en la “guerra de civilizaciones” profetizada, y ahora autocumplida, por algunos teóricos estadounidenses (Huntington y compañía). Por lo pronto ya comenzaron a morir en Estados Unidos personas con apariencia árabe. Por lo demás, la respuesta militarista ya perfilada contra Afganistán (sólo como aperitivo) concuerda perfectamente con el racismo que sigue lastrando a la idiosincrasia toda de los estadounidenses.

En suma, y a consecuencia del agravamiento de la *crisis civilizatoria* que aqueja al mundo, el primer reto, o el rasgo fundacional de una civilización en verdad nueva, es el de la *interculturalidad*. Es decir, el de un mundo donde las dife-

rencias étnicas, culturales y demás dejen de operar como fuente de odios y guerras y mejor pasen a servir como fuente de sumas e intercambios enriquecedores para todos. Para ello, sin embargo, se requiere otro salto civilizatorio no sólo hacia el respeto sino hacia el aprecio de las más diversas identidades y autonomías. A más globalización, más interculturalidad y más autonomías. Más y mejor justicia y dignidad para todos, pues. Así podría resumirse el mandato constitutivo del mundo que, de un modo u otro, habrá de reconstruirse junto con todo lo derrumbado en Nueva York y Washington, D.C.

Enorme es el papel que podrían y deberían jugar en ello países como el nuestro, por necesidad aferrados a las tradiciones de la paz, el derecho y la fuerza tanto moral como cultural. Pero la edificación de ese mundo IAMO (Interculturalidad, Autonomías y Mandar-Obedeciendo) nada tiene que ver con el mundo IODIO (Incondicionalidad –como la que Fox hoy ofrece a Bush–, Opresiones y Dentelladas de todo tipo, Indignidad y Ofuscaciones múltiples).

La edificación del nuevo mundo más bien tiene que ver con algo que en México ya surgió, y lucha, desde hace más de siete años, con voz y vestimenta de indios zapatistas: “Un mundo donde quepan todos los mundos”; autonomía aquí y ahora, por lo pronto de municipios indígenas; y mucho “mandar-obedeciendo”, todos los días y en todos lados. México, pues, tiene para dar y para prestar en la edificación del nuevo mundo, abruptamente anunciado con la caída del WTC en Nueva York y parte del Pentágono en Washington, D.C. Para empezar, tendrá que ser un mundo de mucha paz. Pero no más de una paz cualquiera, sino una paz con justicia y dignidad. Una como la demandada hace tiempo por los indios zapatistas, pero ahora ya no sólo para México, sino para el (nuevo) mundo entero. Esa paz para todos, la guerra de Bush para él y sus incondicionales. Para nosotros, nada sino la dignidad del *decir* cumplido.

Retos para México: (re)prueba de fuego para el gobierno de Fox

En algo tiene razón el presidente de Estados Unidos, Bush Jr., tras el terrible derrumbe de un mundo de por sí plagado de terrores: es hora de definiciones. Donde se equivoca es en la delimitación de disyuntivas: “O están con Estados Unidos, o están con los terroristas”... Con el bueno o con los malos... con *Superman* y *Batman* o con *Kriptonita* Bin Laden y sus *guasones* o *pingüinos* seguidores.

A nuestro entender, la disyuntiva es otra, más compleja pero a la vez más simple: o se defiende el viejo orden mundial, hijo y padre al mismo tiempo de múltiples formas de terrorismo, o se participa en la construcción de un orden mundial en verdad nuevo, capaz de incluir a todas las civilizaciones y culturas del mundo,

montado en el trinomio ya sugerido antes: interculturalidad, autonomías de todo tipo y democracia genuina (la del mandar obedeciendo). Si hubiese que simplificarla: o viejo mundo racista y guerrerrista, o nuevo mundo zapatista. No se trata de un exabrupto mexicanista o indigenista. Es, a nuestro honesto juicio, un imperativo ético ante tres acreedores ya ineludibles: la historia mundial reciente, el ser histórico nacional, y la sed global de justicia y dignidad.

La demanda y la promesa de un nuevo orden mundial por lo menos tienen 30 años de viejos, y sin duda tuvieron en México un protagonista central, sin posibilidad de amnesia fácil ni barata. Desde 1973, el mundo espera la cristalización de la *Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados*, aprobada casi por unanimidad, sólo con el rechazo de Estados Unidos y un puñado de países industrializados, pero con un respaldo de primer nivel, de arquitecto en jefe, por parte de México. Desde entonces cobró fuerza el movimiento por un nuevo orden internacional, por lo pronto en materia económica. El “NOEI”, le decíamos por todos lados. Poco después, ese movimiento se enriqueció con otras dos propuestas por demás pertinentes, aunque éstas sí exitosamente saboteadas por las potencias “occidentales”: un Código de Conducta para las Empresas Transnacionales, y un Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII), bajo los auspicios de la UNESCO. México siempre se alineó del lado del cambio: el lado de lo justo y lo nuevo. Inclusive llegó a agregar la propuesta de un Plan Energético Mundial, a finales de esa misma década, la de los años setenta.

Durante la siguiente década, lo socioeconómico fue asfixiado por los problemas de orden político-militar. No de gratis, en Estados Unidos se enseñoreaba el reinado de Ronald Reagan y su doctrina del *neoglobalismo*, es decir, la obsesión de recuperar y reimponer la hegemonía estadounidense en todo el globo y en todos los renglones del poder. Fueron los tiempos de *la guerra de las galaxias*, las *guerras de baja intensidad* y las *guerras para la reversión (roll-back)* de revoluciones como la sandinista en Nicaragua. A contrapelo, fueron también los tiempos del Grupo Contadora, su Grupo de Apoyo, luego fusionados en el Grupo de Río y en todo lo cual México volvió a jugar un papel de gran relieve. Papel similar al que incluso desempeñó en el Grupo de los Seis para poner un alto a la carrera armamentista entre las potencias de la época: Estados Unidos y la Unión Soviética.

Más de 30 años han pasado, y lo que el mundo tiene hoy no es un nuevo orden, sino uno tan necio y viejo que ahora se le cuestiona a base de bombas y aviones en el corazón mismo de su principal sostén. Para colmo, la respuesta de Estados Unidos –“guerra global contra el terrorismo”– no hace sino expandir los terrores que han hecho al viejo orden mundial por completo insostenible. Claro que a Estados Unidos esa respuesta le resulta razonable (ningún imperio en agonía se

muestra racional) y hasta hartamente lucrativa. Mata como 20 pájaros con la misma piedra así lanzada, contra “el terrorismo” en abstracto.

Pero México es otra historia. Una historia por completo traicionada ahora que la dupla Fox-Castañeda ha tenido a mal ofrecer un “apoyo total, incondicional” e infinito (“hasta lo último”) a una guerra tal, y en un momento en que la humanidad precisamente está urgida de definiciones y aliados por un orden mundial en verdad nuevo, mismo del que se han burlado una y otra vez Estados Unidos y los demás usufructuarios del viejo orden mundial.

Hasta en lo táctico, dicha postura del gobierno de Fox resulta aberrante. Primero, porque incluso los siervos condicionan (a un salario o algo así) su apoyo al amo. Y segundo, porque ya casi todos lo sabemos: ante potencias como Estados Unidos la única posibilidad de vida se nutre de la dignidad. Mejor lo dice Carlos Fuentes, gran conocedor de la cultura y la idiosincrasia estadounidenses: “Para los norteamericanos, el que se comporta como esclavo siempre ha sido tratado como tal, y sólo quien los trata de pie y al tú por tú asegura atención y obtiene resultados” (“Nacionalismo e integración”, *Este País*, núm. 1, abril de 1991, p. 12).

Si aun así no se entiende, recordemos entonces a don Jorge Castañeda, padre del actual canciller de México, y ex canciller él mismo: “No es que no debamos ser amigos de Estados Unidos, pero la mejor manera de ser buenos amigos de ese país consiste precisamente en no ser obsecuentes, sino independientes.” Sólo así, “Estados Unidos respetará a nuestra nación” (“Sobre la política exterior”, *La Jornada*, 9 de octubre de 1988, p. 8).

Epílogo casi obvio: México podría y debería ser vanguardia en la lucha por el nuevo orden mundial, jamás en la lucha por la gracia y la bendición de potencia alguna que se obstine en defender un orden mundial de por sí terrible: un orden que genera y descansa en variantes cada vez más duras e inhumanas del terrorismo.